

# BASES PARA UNA CARACTERIZACIÓN ARQUEOLÓGICA DE LAS CUEVAS ARTIFICIALES EN LA GAMERA BAJA (CHURRIANA-MÁLAGA)

Pedro Jesús Sánchez Bandera<sup>i</sup>

**RESUMEN:** El yacimiento arqueológico de Gamera Baja es un enclave muy antropizado, a consecuencia de la actividad relacionada con la extracción de piedra para construcción y de laboreo agrícola que ha modelado el paisaje de la zona recientemente. Como consecuencia los indicios relativos a una presencia humana anterior han quedado muy desdibujados, vinculados a registros arqueológicos parciales y muy reducidos, cuando no inexistentes. Así la investigación arqueológica de 2018 ha estado lastrada por la falta de contextos primarios, sobre todo en el ámbito de las cuevas artificiales. Solo las inferencias basadas en la tipología de las cavidades y el estudio de algunos signos y marcas asociados permiten algunas hipótesis sobre su origen y significado.

**PALABRAS CLAVE:** Cuevas artificiales, cantera, monacato, siglo VII, hojas de palma, cruz ansada, venera, hornacinas, relicarios, cristianismo antiguo, preislámico.

## BASIS FOR AN ARCHAEOLOGICAL CHARACTERIZATION OF THE ARTIFICIAL CAVES IN GAMERA BAJA (CHURRIANA-MÁLAGA)

**ABSTRACT:** The archaeological site of Gamera Baja is a highly anthropized enclave, as a result of the activity related to the extraction of stone for construction and agricultural work that has recently modeled the landscape of the area. As a consequence, the indications related to a previous human presence have been very blurred, linked to partial and very reduced archaeological records, when not non-existent. Thus, the archaeological investigation of 2018 has been hampered by the lack of primary contexts, especially in the field of artificial caves. Only the inferences based on the typology of the cavities and the study of some associated signs and marks allow some hypotheses about their origin and meaning.

**KEYWORDS:** Artificial caves, quarry, monasticism, 7th century, palm leaves, ansada cross, scallop shell, niches, reliquaries, ancient Christianity, pre-Islamic.

## DEFINICIÓN DE LA ZONA. CARACTERÍSTICAS FÍSICAS

La Gamera Baja se localiza al suroeste de Málaga, al oeste del casco urbano tradicional de Churriana, delimitada *grosso modo* por la calle Camino del Retiro al sur y áreas de reciente urbanización al norte, este y oeste. Es una zona caracterizada por un paisaje agrícola muy degradado en el que destaca un ralo diseminado de casas y equipamientos (figura 1).

Topográficamente, el sector consta de una amplia llanura, perfilada al norte por un marcado farallón rocoso integrado en una ladera que desciende hasta la gran llanura sedimentaria que conforma el delta del Guadalhorce, desde los 38,73 hasta los 22,82 msnm. Dicha ladera ha sido modelada

<sup>i</sup> Arqueólogo. ARQUEOSUR Estudio de Arqueología, S. L. psbandera@gmail.com



Figura 1. Localización de Gamera Baja en mapa general de la zona

por la acción humana confiriéndole un característico perfil escalonado. Geológicamente, el terreno se enmarca entre la mole caliza de la Sierra de Torremolinos al sur y la depresión del Guadalhorce al norte, una gran llanura sedimentaria auspiciada por la geodinámica del río.

Las condiciones físicas del sitio han permitido la explotación de su potencial agropecuario, dando un paisaje agrícola en regresión, cuyos rasgos esenciales permanecen reconocibles en la actualidad. Sus características litológicas determinan el aprovechamiento de un recurso abiótico de gran impacto en la zona, la extracción de roca para construcción. Se trata, efectivamente, de una base geológica integrada por mineral biogénico, aglutinado en bandas estratificadas mediante costras calcáreas más o menos consistentes (figura 2).

## ANTECEDENTES Y CONTEXTO

El área de estudio se inserta en un entorno de alto potencial arqueológico sobre el que apenas ha incidido la investigación especializada, aunque sí las medidas de protección

patrimonial incluidas en la normativa urbanística municipal. Los indicios en este sentido son apenas definitorios y sugieren una secuencia diacrónica que se remonta a momentos prerromanos. Para época romano altoimperial contamos con numerosos hallazgos dispersos, como la noticia de la presencia de un horno alfarero (siglos II-III d.C.) y de una tumba a la que se asigna una filiación medieval, aunque sin contrastar.

Pendiente de datos objetivos, se atribuye origen mozárabe a las numerosas cavidades artificiales (*túneles*) excavadas en el pie del farallón rocoso. En particular, se ha intentado contrastar esta hipótesis a partir del análisis del conjunto de cavidades objeto de estudio.

Para época moderna el hito más destacado es la captación y conducción de agua hacia la capital, con una obra de ingeniería de la entidad del Canal de la Fuente del Rey.

En 2013, se efectuó un reconocimiento para informar sobre el estado de conservación de los restos existentes en el solar, caracterizar y ordenar los hitos más evidentes, destacando la evidencia de cantería y la presencia de algunas cuevas artificiales.



Figura 2. Fotografía aérea de la zona desde el norte

## LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DE 2018

Una promoción urbanística de alto impacto impulsó una actividad arqueológica preventiva, dirigida a evaluar su probable afección patrimonial y diseccionar los indicios existentes, aunque el peso de la investigación se ha centrado en las cuevas, atendiendo a cuestiones que considerábamos esenciales: determinar el origen y desarrollo diacrónico de cada cavidad por separado, los usos y funciones para los que fueron construidas, identificar y aislar posibles transformaciones de la estructuras origina de cada cueva y la reutilización de estos espacios a lo largo del tiempo, así como una diagnosis sobre el estado de conservación de cada una.

En respuesta a estos objetivos, en primer lugar, se procedió a la restitución paisajística con la retirada de vertidos recientes sobre el farallón rocoso que delimita el bancal superior, que colmatando parcialmente el frente de cantera, ocultaba el acceso de las cuevas. Ello permitió la prospección detallada de los

taludes y la localización precisa de cada cavidad, así como la identificación de las áreas de cantera, las técnicas y el utillaje empleado en la extracción.

Estas labores continuaron al interior de las cuevas, fijando el interés en la localización de indicios arqueológicos que pudiesen aproximarnos a su datación y usos.

El interior de las cavidades carecía de una secuencia arqueológica compleja, agotándose las posibilidades de excavación con la limpieza de estas, y quedando los trabajos de excavación circunscritos al exterior. Con ello pretendíamos compensar la falta de contextos arqueológicos dentro, fiándolo todo a la posibilidad de que la limpieza recurrente de estos espacios hubiese generado una suerte de vertedero estratificado fuera.

Se han obtenido indicios indirectos de una presencia romana en la zona, a partir de acumulaciones de deshechos en silos o depresiones naturales del terreno. La evidencia de un arrasamiento generalizado durante el periodo de la cantera y, posteriormente, el impacto provocado por el laboreo agrícola son razones

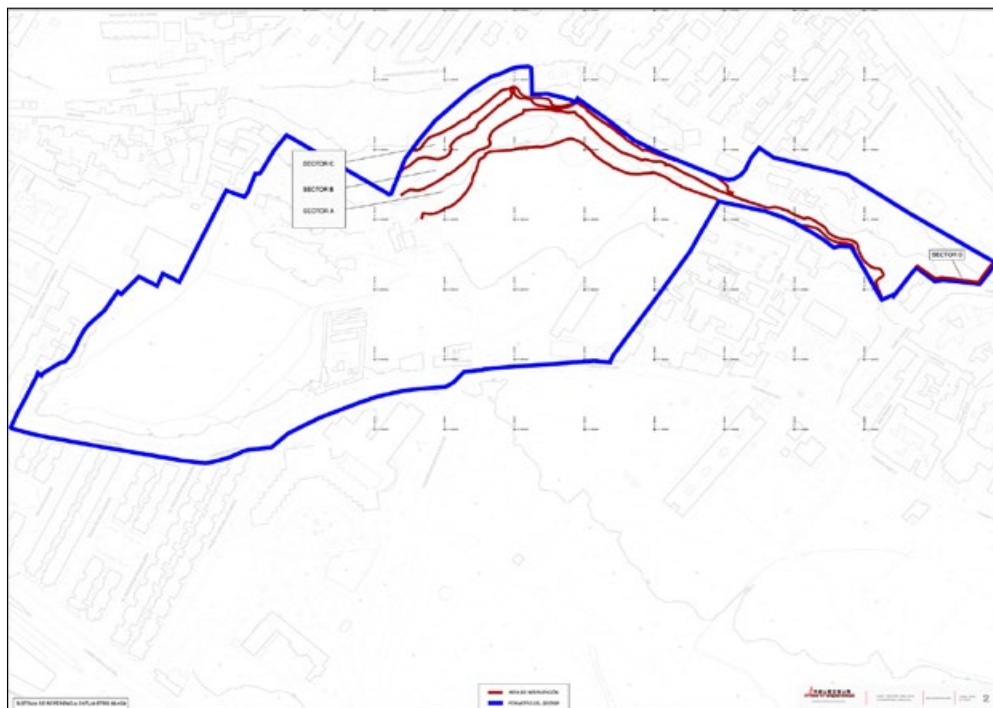


Figura 3. Plano de sectorización de la zona objeto de estudio

que explicarían la falta de depósitos arqueológicos en extensión. Figura 3.

## HACIA UNA CARACTERIZACIÓN ARQUEOGRÁFICA DE LAS CUEVAS ARTIFICIALES EN GAMERA BAJA

El reconocimiento del sector ha permitido redescubrir y estudiar seis cuevas sobre un mínimo de doce reconocidas<sup>1</sup>, dos de ellas excavadas en el farallón rocoso que perfila el bancal superior y cuatro más, agrupadas y localizadas a una cota inferior, sectores A y B. Finalmente, aunque fuera del ámbito de esta investigación, nos referiremos a una séptima cueva excavada en el talud que perfila por el sur la actual calle Caliza.

### Las cuevas del Sector A

De las cavidades situadas en esta parte, la denominada ER-2 corresponde a una cavidad de cierto tamaño, mayor que el resto de las documentadas. Su estructura interna está compartimentada en tres espacios a los que nos referiremos indistintamente como naves o galerías. El central discurre en un eje noroeste-sureste, siendo su proporción mayor y más regular. En planta presenta variables en dos tramos: desde el acceso hasta la apertura de dos galerías laterales enfrentadas y desde este punto hacia el fondo. El tramo que corresponde al acceso presenta forma abocinada cerrando hacia afuera, mientras que el resto es más regular y de tendencia rectangular. Su eje longitudinal mide 8,95 m y su anchura varía entre el fondo

<sup>1</sup> Algunas de las cuevas situadas en el extremo oriental del farallón habrían sido excavadas sobre el frente de la cantera, una vez amortizada esta. A otras no hemos tenido acceso.

y la entrada, 3,20 m y 1,02 m, respectivamente. Presenta una altura media de 1,90 rematada en forma de bóveda de cañón rebajada, formalizada con cuidado. El acceso presenta un arco de medio punto un tanto irregular en su formalización. Además, ha sido rebajado recientemente con una excavadora. Las galerías laterales convergen en la sala central, en un punto próximo a la entrada y con desarrollo transversal a la misma. La galería situada al noreste es de menor tamaño: 5,00 m del eje longitudinal, 1,86 m de anchura en el fondo y 1,54 m junto al acceso. Sus proporciones son más regulares, aunque se deforman como consecuencia del descuadre del testero del fondo, adquiriendo la planta forma de bisel. Su altura media es de 1,91 m y remata en una bóveda de cañón que pierde regularidad hacia el fondo.

Las proporciones en planta de la galería suroeste son más estilizadas, con 3,54 m de eje longitudinal y 1,95 m de anchura al fondo y 1,33 m en el acceso. Sin embargo, el desarrollo de la planta no es rectilíneo, sino que tiende a la curva. La altura máxima es de 1,80 m y remata en una bóveda de cañón relativamente regular.

Las variables formales de las salas laterales alcanzan también sus respectivos accesos, labrados en forma de arco de medio punto y un arco que (con algún reparo) se podría calificar de herradura, galerías nororiental y suroccidental, respectivamente. Nos referiremos a estos espacios como ER-2a (central), ER-2b (nororiental) y ER-2c (suroccidental).

No cuenta con piso diferenciado de la propia roca, tallada y nivelada con este propósito, aunque muy deformada por la degradación de la piedra a causa del constante uso.

Retirados los aportes de tierra del acceso, se constató que su interior estaba parcialmente colmatado por coladas de sedimentos procedentes de la parte alta del sector, que habían penetrado por un sumidero natural en la

galería 2c, extendiéndose una matriz licuada que ocupaba todo el interior, asociada a basura y restos de artefactos contemporáneos, con la excepción de un único fragmento de cerámica altomedieval completamente anecdótico. Una vez retirada esta unidad, se constata la ausencia de una secuencia estratigráfica compleja, resultando evidente que estos espacios habían estado ocupados hasta fechas recientes.

Son reseñables algunas hornacinas en forma de cuarto de esfera en el testero noroeste de las estancias laterales y entalles excavados en los accesos a estas, así como otros en forma de casetones en uno de los testeros de la sala central. El resto de las oquedades parecen responder a circunstancias fortuitas, aunque en algún caso adquieren proporciones importantes que obligan a retacarlas en época reciente con mampostería y mortero para garantizar la cohesión estructural de la construcción y el confort del habitáculo.

Las labores de prospección e identificación de signos han ido más allá de un simple análisis preliminar, y exigieron aprovechar al máximo las capacidades de las herramientas informáticas empleadas. Hay que destacar el hallazgo de un grabado muy difuso en el testero del fondo de la galería central, que se puede interpretar como una cruz griega inserta en un círculo u orla.

La cueva ER-6 es una pequeña cavidad al este de la anterior. Llama la atención su escasa altura (apenas 0,87 m) y la disposición de la planta con un marcado quiebro en forma de «L» de forma que el fondo queda oculto a la vista desde el exterior. La superficie de la planta es de 3,87 m<sup>2</sup>, que se halló parcialmente colmatada por una unidad heterogénea que contenía un auténtico basurero contemporáneo, pudiéndose constatar su uso reciente como zahúrda. No existen signos que aporten significado o una adscripción crono-cultural más precisa.

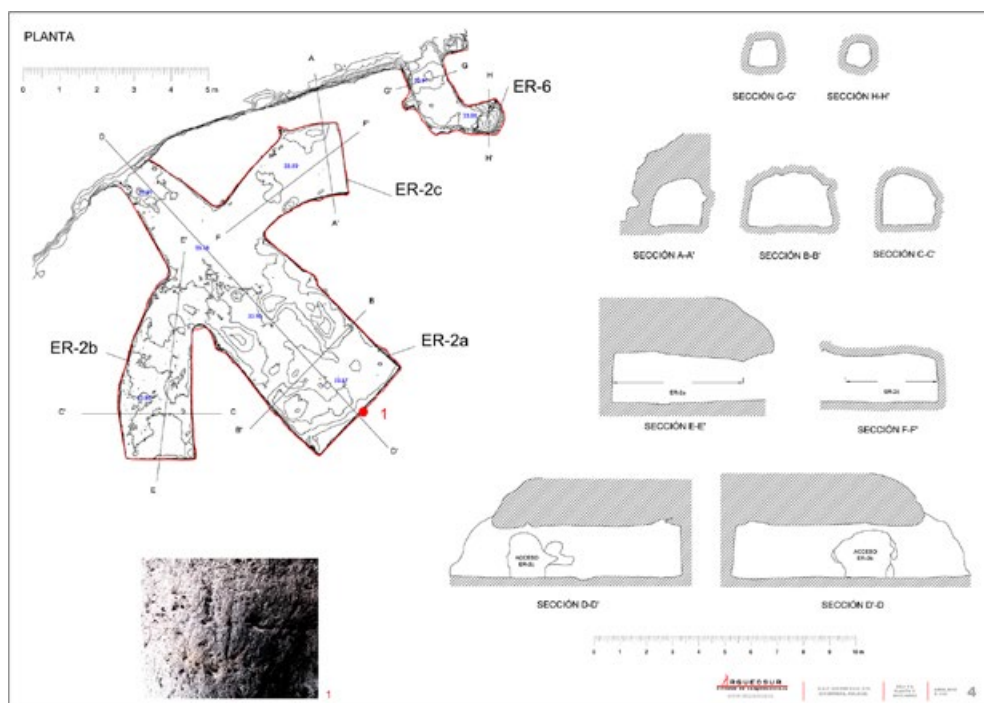


Figura 4. Plano de planta y sección de las cuevas del Sector A

Como se ha indicado, las restantes estructuras rupestres identificadas en el bancal superior corresponden a hornacinas excavadas en el frente rocoso, entre ambas cuevas. La ER-1 es un pequeño rebaje al oeste de la cueva ER-2. Podría tratarse de una estructura abandonada en una fase incipiente de su construcción. Presenta una suerte de acceso de 0,85 m de anchura, cuyo entalle superior se sitúa a escasos centímetros del suelo (0,65 m). El perfil de ese entalle describe una curva muy matizada, detalle que permite vincularlo a una acción antrópica. El hueco resultante está muy desfigurado por la disgregación de la roca, aunque apenas penetra unos 0,50 m.

Al este de la cueva ER-2, la ER-3 es un rebaje a modo de hornacina con sección de cuarto de esfera, muy desproporcionada en su relación base-altura: 1,20 y 0,70 m, respectivamente. Resulta además poco profunda (0,18 m máximo). Su talla habría comenzado

por la parte superior, quedando la base inacabada con vivas marcas de herramientas.

La ER-4 se asemeja morfológicamente a la anterior, situada al este de manera que su construcción la habría destruido en parte. A diferencia de aquella, se trata de una obra aparentemente acabada y sus proporciones son más regulares: 0,72 m de base, 0,88 m de altura y 0,24 m de fondo.

Al este, la ER-5 es un hueco similar a los anteriores, aunque destacan sus reducidas proporciones (0,50 m de base, 0,60 m de altura y 0,42 m de fondo). Como los anteriores, tiene forma de cuarto de esfera, aunque ofrece una geometría más redondeada (figuras 4-10).

### Las cuevas del Sector B

Los resultados en este caso se refieren al redescubrimiento de una alineación de pequeñas



Figura 5. Detalle del acceso a la gran cueva que hemos denominado ER-2 (centro). A la derecha de la imagen, sobre el jalón horizontal, la ER-1. A la izquierda las hornacinas ER-3, 4 y 5



Figura 6. ER-2a. Perspectiva general de la galería central una vez concluidos los trabajos de limpieza y definición



Figuras 7 y 8. ER-2. Perspectiva general de las galerías laterales ER-2c) y ER-2b, respectivamente



Figura 9. ER-2. Hornacina en forma de cuarto de esfera, labrada en la pared norte de la galería nororiental (ER-2b)



Figura 10. ER-6 y hornacina ER-5 una vez concluidos los trabajos de limpieza del sector

cuevas artificiales: ER-A, B, C y D, cuatro cavidades agrupadas por características comunes:

- Se trata de habitáculos de factura muy cuidada. Evidencian marcas compatibles con un puntero pequeño, coincidentes con las que se aprecian en los silos con material romano documentados.
- Responden a espacios muy reducidos, limitando su función a la de mero habitáculo.
- Tres de las cuatro cuevas tienen una estructura interna geminada (estructuras rupes- tres A, B y C), las dos últimas comunicadas internamente.
- La estructura en planta de la ER-D se caracteriza por un quiebro en forma de «L», un rasgo que veíamos también en la ER-6 del Sector A.
- Son espacios simples y austeros, sin accesorios o concesión estética de ningún tipo. En este sentido tan solo mencionaremos las pequeñas hornacinas labradas en las paredes de algunas cuevas, así como pequeños silos.

Se trata de una agrupación, reforzada por el hecho de que dos de las cuevas están comunicadas mediante un vano interior cuya morfología y detalles de ejecución parecen indicar que forma parte del diseño original. Pero esa condición de conjunto o agrupación se percibe también casi a simple vista desde el exterior, a partir de la regularidad de los accesos: todos ellos llamativamente pequeños, entallados en arco y de proporciones regulares y distribuidos de forma casi equidistante. Otros datos las vinculan estructuralmente: los retazos de un firme exterior hecho de tierra apisonada y el hecho de que la excavación de las cuevas se realizó previa adaptación del farallón, rebajando la roca hasta obtener una fachada relativamente regular que conserva las marcas de las herramientas empleadas.

#### ER-A

Es la cavidad más occidental, sin comunicación interior con la siguiente y de aspecto inacabado teniendo en cuenta su escasa profundidad. Está dividida en dos habitáculos de proporciones similares (AA y AB, oeste y este respectivamente) separados por un pilar rupes- tre poco prominente de forma que su fisonomía en planta se asemeja a una «omega».

El acceso presenta un desnivel a modo de rampa que compensa en parte lo reducido de la boca. En el lateral derecho de dicho acceso se conserva un posible fósil, correspondiente a un bivalvo. La exploración del interior no ha revelado otros signos o símbolos. Se hallaba parcialmente colmatada con un único relleno de características similares a la tierra de labor exterior y gran cantidad de basura contemporánea, desmentida puntualmente por el hallazgo de algún ítem antiguo, un fragmento de *tegula*.

#### ER-B

Situada al este de la anterior, la morfología de su planta es similar, dividida en dos habitáculos regulares (BA y BB, oeste y este) separados por un gran resalte labrado a modo de pilar. Sin embargo, resulta algo más espaciosa y no ofrece el aspecto de «obra inacabada» de la anterior. Su acceso estaba adaptado a modo de umbral mediante el firme de tierra apisonada ya mencionado. Por otro lado, la fachada estaba marcada mediante un discreto alfiz rectangular inciso en la roca del farallón, muy desdibujado, apreciándose únicamente el contorno derecho y parte de la línea superior. El interior estaba cegado hasta la mitad de su capacidad por un relleno similar al descrito en la ER-A. No se aprecian diferencias estratigráficas, aunque sí varios niveles de uso recientes<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Según testimonios estas cuevas fueron muy frecuentadas por niños que la usaban como escenario de juegos. En este sentido, hay que destacar el hallazgo de juguetes de plástico, canicas, etc.



Respecto al estudio de la superficie de las paredes, se ha identificado un bajorrelieve muy erosionado, que podría reproducir una discreta *cruz ansada* (<5 cm de altura), en el lateral derecho de la boca, en la misma posición y a una altura similar a la concha fósil asociada a la ER-A. También en su interior, en el habitáculo BA, próximo a la base, se observa un bajorrelieve ramiforme.

### ER-C

Las ER-B y la ER-C están vinculadas por un vano interior. Coinciden sus proporciones y disposición en planta. Cabe destacar el esmero de la labra y el cuidado de los acabados, así como los detalles de la colmatación interior a partir de inclusiones de la misma matriz descrita para las demás cuevas, desechos contemporáneos y sin atisbo de un contexto estratigráfico que remita a los orígenes de la cavidad, si bien cabe reseñar la particularidad de dos pequeños silos excavados en la base del denominado habitáculo CB.

Se identificó un bajorrelieve que representa lo que parece una nueva cruz ansada en el lado derecho de la entrada, en la misma posición que la descubierta en ER-B. También en este caso se trata de un signo pequeño, muy discreto y desgastado. Por otro lado, en el habitáculo CB, en la parte baja del pilar divisor, se observa un grabado rudimentario que representaría un ramiforme muy esquemático y de ejecución torpe.

### ER-D

Es la última de las cavidades de esta agrupación. Desde el exterior su vinculación con las demás parece evidente a partir de la morfología y proporciones del acceso. También las características de la labra, muy cuidada y exquisita. Otro rasgo que la vincula al conjunto

son sus reducidas dimensiones. Sin embargo, la cueva D consta de un único habitáculo cuya planta dibuja una especie de «L» con desarrollo al este.

Su interior se sitúa a una cota bastante inferior a la de la rasante exterior, de manera que para facilitar su acceso se labraron dos peldaños. Al igual que la ER-A se trataría de un habitáculo aislado y aunque existe un óculo que lo comunica con la cavidad situada al oeste, se trata de una apertura de grosera formalización, pudiendo tratarse de una perforación sobrevenida, ajena a la idea original.

Otra particularidad tiene que ver con las características del relleno interior, cuya matriz difiere del resto y arroja cierta complejidad estratigráfica. Consta de una unidad superficial de tierra marrón ligeramente compactada por el uso esporádico de la cueva, asociada a desechos y basuras contemporáneas. Sin embargo, el estrato inferior está compuesto por bloques de piedra que habrían rodado desde el exterior hasta acumularse en el fondo. Se trata de piedra local, posiblemente *morralla* procedente de las áreas de extracción de tosca. La excavación de esta unidad aportó fragmentos de recipientes cerámicos de los siglos XVIII y XIX, además de objetos metálicos, caso de un cubilete de hierro y el cascabel de cobre de una collera.

El dato determina un *terminus ante quem* para la cueva D y por extensión para todo el conjunto, acreditando que ya estarían excavadas en el momento en el que la cantera está activa, entre los siglos XVIII y XIX (figuras 11-27).

### La cueva de calle Caliza

Se localiza en la margen sur de la calle, en su confluencia con calle José Jiménez Niebla y no forma parte del sector objeto de la actividad arqueológica que nos ocupa. Se trata de una cueva artificial de planta cruciforme, excavada

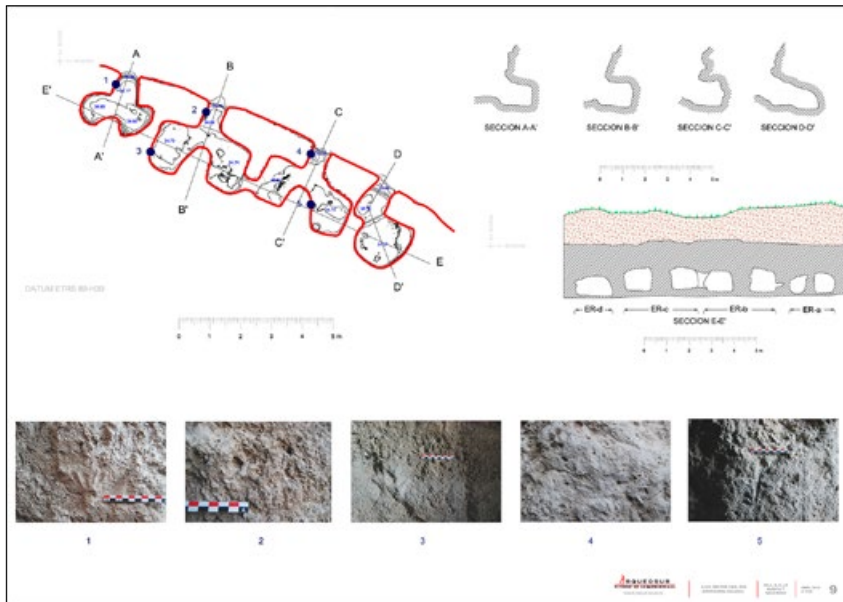


Figura 11. Plano de planta y sección de las cuevas del Sector B



Figura 12. Cuevas del Sector B. Alineación de los accesos



Figuras 13 y 14. ER-A. Localización de la venera en el lateral del acceso y detalle de la misma



Figura 15. ER-B. Detalle desde el exterior



Figura 16. ER-B. Detalle del acceso desde el interior. Destaca el escalón labrado en la base rocosa para salvar la diferencia de nivel



Figura 17. ER-B. En horizontal sobre la boca de acceso y en vertical a la derecha de esta, destacan sendos trazos incisos que forman parte de lo que parece un alfiz

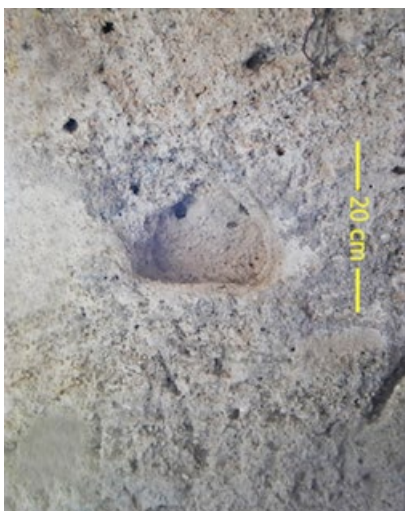


Figura 18. ER-B. A la derecha detalle de la pequeña hornacina labrada en el muro norte del habitáculo BB, junto a la boca de acceso. Se trata de una oquedad de forma regular, cuidadosamente labrada



Figura 19. ER-B, habitáculo BB. Vano de comunicación con la ER-C



Figura 20. ER-C. Detalle de la boca de acceso una vez finalizadas las labores de retirada del talud de tierra que la ocultaba casi por completo

Figuras 21 y 22. ER-C. Detalle y localización del ankhiforme, respectivamente





Figura 23. ER-C. Pasillo de comunicación entre los habitáculos CB y CA, perspectiva desde el primero. Al fondo, excavada en la pared norte del habitáculo CA se aprecia una pequeña hornacina



Figura 24. ER-C. Habitáculo CB. Silos. Este espacio conservaba perfectamente las marcas de talla en la base, un dato que, considerando lo deleznable de la roca, podría indicar que el suelo pudo estar acondicionado mediante una estera que las habría preservado



Figura 25. Exterior de las cuevas C y D (derecha-izquierda). Las marcas en el frente rocoso indican que las cavidades se excavaron previa regularización de la ladera de toba en este sector para conseguir una fachada vertical



Figura 26. ER-D. Detalle desde el exterior. Destaca el quiebro que confiere la característica forma de «L» a esta planta, así como la adaptación en la disposición de los suaves escalones de acceso

Figura 27. Sector B. Rebaje del frente rocoso asociado a la extracción de roca. Hacia el oeste el límite de la cantera coincide con el emplazamiento de las cavidades, resultando un vivo resalte que llama poderosamente la atención



en el farallón de toba calcárea. Originalmente debió de ser más profunda, aunque el tramo correspondiente al acceso original habría sido destruido con motivo de la apertura de la calle.

Sus proporciones son relativamente reducidas tanto en altura como en superficie y destaca el esmero y cuidado con la que ha sido labrada y la linealidad de los diferentes espacios, así como la presencia de un gran número de casetones/hornacinas en las paredes

de la galería central, sobre todo en su lateral oeste. Destaca igualmente variaciones en la morfología de la galería occidental con respecto al resto, cuyo volumen de tendencia esférica contrasta vivamente con la linealidad de los restantes espacios, una anomalía que podría responder a adaptaciones o modificaciones *a posteriori* del habitáculo. Igualmente, se habría modificado y adaptado como pesebre una hornacina excavada en el panel frontal de la galería central (figuras 28-30).

Figura 28. Galería central y acceso a una de las galerías laterales de la cueva de la calle Caliza





Figura 29. Detalle del acceso a una de las galerías laterales de la cueva.  
A la izquierda, casetón labrado en el testero de la galería central



Figura 30. Hornacina labrada en el testero frontal de la galería central.  
Correspondiente a un posible altar, posteriormente fue rebajado y adaptado como pesebre

## DISCUSIÓN. BASES PARA UNA HIPÓTESIS SOBRE LA ADSCRIPCIÓN CULTURAL DE LAS CUEVAS ARTIFICIALES DE GAMERA BAJA

Las premisas desde las que se ha abordado la investigación en el Sector CH-6 gravitaban en torno a la indefinición arqueológica del sitio y a la falta de datos empíricos capaces de trascender lo que hasta ahora no eran sino hipótesis relativas a la posible filiación altomedieval de las cuevas conocidas.

Para superar esta situación, en el curso de la actividad arqueológica realizada se ha implementado una metodología que aborda la cuestión desde un punto de vista semiótico y tipológico, quedando el argumento estratigráfico limitado por una circunstancia imposible de prever de antemano, como la falta de registros arqueológicos complejos al interior y al exterior de las cavidades, según se ha expuesto.

En relación con esto último, solamente hemos podido apuntar soluciones dirigidas a situar la posición relativa de las cuevas respecto a la extracción de piedra labrada y los usos agrícolas en la Gamera Baja. Como ya se ha indicado, avanzado el siglo XIX se habría producido la adaptación agrícola del sitio, aprovechando a modo de bancales las antiguas plataformas de extracción de roca. Sabemos que en 1725 la zona aparece señalada con la palabra «cantera» en el plano de Toribio Martínez de la Vega, y sabemos que las cuevas documentadas en el Sector B ya existían cuando esa cantera todavía estaba en uso. Contamos así con un primer referente para situar estas cuevas en el tiempo que, aunque no aporta precisión, sí es un referente objetivo.

En particular, nos aproximan a la cuestión cronológica los símbolos descubiertos en las cavidades del Sector B, un dato que las podría situar en contextos paleocristianos. Así pues, dos de las cuatro cuevas documentadas están asociadas a algún símbolo: dos ramiformes y sendas cruces ansadas, siendo representaciones esquemáticas, rudimentarias, muy pequeñas y especialmente discretas<sup>3</sup>, elaboradas con técnica de bajo relieve menos la palma grabada en la pared de uno de los habitáculos de la cueva C (figuras 31 y 32).

En este sentido cabría referirse a la concha fósil descubierta en el acceso a la ER-A. El vínculo entre esta y la cueva es (lógicamente) casual, aunque existe un interés evidente por conservarlo.

Los detalles de los ramiformes parecen remitir a hojas de palma, símbolo antiguo asimilado en contextos paleocristianos y codificado definitivamente durante la Alta Edad Media. En la iconografía cristiana la palma simboliza la victoria frente a la muerte por la vía del martirio; es la planta de la inmortalidad<sup>4</sup>. Su valor simbólico es compatible e incluso complementario con su uso como motivo ornamental de gran profusión en la arquitectura y el arte mueble de filiación cristiana y paleocristiana.

Pero al margen de las implicaciones simbólicas de este universo iconográfico, no parece fácil establecer vínculos estilísticos exactos entre estas representaciones y otros casos, más allá de algunos rasgos esenciales, dándose gran variedad de matices y detalles formales. Efectivamente, resultan obvias las diferencias entre las dos palmas más allá de lo esencial, es decir: un tallo del que parten una serie de hojas. Sin embargo, en la palma de la ER-B esas hojas están dispuestas buscando cierta simetría a ambos

3 Se trata de representaciones casi imperceptibles, pequeñas, rudimentarias y completamente mimetizadas con el soporte rocoso. Han sido identificadas a costa de repetir de manera pertinaz la prospección de las cavidades en diferentes condiciones de luminosidad y para su documentación hemos recurrido a sistemas RTI de procesamiento de imágenes.

4 VALTIERRA LACALLE, A. (2017): 105-124.



Figura 31. ER-B. Habitación BA.  
Bajorrelieve con hoja de palma.  
Imagen RTI.



Figura 32. ER-C. Habitación CB. Ramiforme inciso.  
A pesar de las evidentes diferencias técnicas y  
de ejecución, la idea básica del símbolo coincide  
con el de la imagen anterior. En ambos casos  
podría tratarse de representaciones muy  
esquemáticas de una palma (imagen RTI)

lados del tallo, conectadas en ángulo ascendente y estilizadas hacia la punta lo que podría denotar cierta vocación naturalista. Por el contrario, en el grabado de la ER-C no es fácil reconocer esos rasgos, resultando una imagen mucho más confusa que bien podría corresponder a una cruz con algún elemento en la base o una combinación entre palma y cruz. A pesar de estos matices hay un detalle en el que coinciden con otras representaciones, como es la tendencia a representar la palma inclinada. Se trata de un convencionalismo recurrente en la iconografía más actual y también en casos antiguos como el de la catedral de Torcello (Italia) fechada en el siglo VI<sup>5</sup>. En la representación de la ER-B solo estaría flexionado el extremo del tallo, detalle que incide en esa vocación naturalista antes aludida, mientras que en el grabado de la ER-C estaría inclinada la palma completa.

Mención aparte merece la concha conservada en el acceso a la ER-A. Hemos apuntado a la casualidad que implica su presencia, pero también a lo oportuno de su hallazgo teniendo en cuenta su relevancia religiosa en todo el ámbito cristiano antiguo. Efectivamente, se trata de un símbolo atávico, posteriormente codificado como origen de la vida y vinculado al culto a Venus-Afrodita en el ámbito helenístico. Fue asimilado por Roma con un sentido focal en los edículos que alojaban la imagen del emperador-dios, y continúa en la arquitectura religiosa cristiana como reducción del ábside. Su presencia en toda la geografía paleocristiana es más que recurrente, incluyendo el oriente copto, y su trascendencia es tal que se asocia incluso a los *mihrahs* musulmanes<sup>6</sup>.

En el ámbito peninsular la venera es un elemento recurrente en el ámbito visigótico,

5 MORÍN DE PABLOS, J. (2014)

6 MORÍN DE PABLOS, J. (2014): *Op. cit.*: 84 y ss.



donde su valor religioso y ornamental se complementan en un buen número de ejemplos, destacando el amplio catálogo de placas y nichos-placas<sup>7</sup>. En el ámbito del eremitismo rupestre, existen ejemplos de veneras en las cuevas de La Lucía y Gurtupiariana (Álava), también en este caso covachas artificiales de reducidas proporciones, en las que representaciones más o menos esquemáticas de estas conchas aparecen cobijando cruciformes, que en algún caso adopta la forma «T» (*tau*). Los investigadores fechan el conjunto en el siglo VII.

Pero al margen de la venera, si la palma es un elemento iconográfico relativamente común dentro del imaginario simbólico cristiano-occidental, no ocurre igual con las cruces ansadas localizadas en las cuevas B y C. La cruz ansada, *cruz egipcia* o *cruz de tau enlazada*, es una *crux commissa* rematada en un óvalo. Proviene de la letra egipcia *anj* y en la cosmogonía nilótica es la señal de la vida y representa la inmortalidad del alma. Fue asumida de manera sincrética por las primitivas comunidades cristianas de Tebas con continuidad en el mundo copto<sup>8</sup>. Pero hasta donde tenemos constancia, su normalización en la religiosidad occidental no se produce hasta la Baja Edad Media, asociada a los comendadores de la orden de San Antonio Abad y miembros de las órdenes franciscana, hospitalaria y militar de San Juan de Jerusalén<sup>9</sup>.

Frente a la ausencia de cruciformes y *mon-tecalvarios* tan recurrentes e identificativos de contextos mozárabes, estaríamos ante representaciones antiguas y de filiación oriental.

Pero los símbolos descritos no solo guardan relación desde un punto de vista temático, sino desde un punto de vista estructural y

morfológico. En este sentido, los símbolos y las cuevas serían complementarios y juntos admitirían una interpretación cultural coherente, situándonos, previsiblemente, ante parte de un complejo monástico cuyos rasgos esenciales cuentan con abundantes referencias en todo el ámbito paleocristiano.

Lo reducido de estos habitáculos, apenas suficientes para alojar a una persona adulta tumbada y flexionada, cuenta con referentes precisos en las hagiografías de los primeros anacoretas, y tiene que ver con el anhelo de austeridad extrema y mortificación como vía de perfección espiritual de los llamados «Padres del Desierto». Así, sabemos por ejemplo que Abraan vivió encerrado en una cueva cuyo único vínculo con el exterior era un agujero por el que le entregaban el alimento o que Pelagia y María Egipciaca vivían aisladas en una cueva en un monte; asimismo Antonio Abad se retiró a una cueva-sepulcro y luego al interior de un pozo y que Macario Romano se enterró en una fosa que tenía la altura de un hombre<sup>10</sup>. En nuestro caso pensamos que el concepto de cueva-sepulcro define como ningún otro la configuración y dimensiones de las cuevas del Sector B.

Morfológicamente, más allá de las implicaciones ascéticas y simbólicas de las cuevas, se trata de habitáculos que presentan tantas variables como casos conocidos. Así, no contamos por el momento con paralelos fidedignos a los que remitir con precisión la estructura geminada de las cuevas A, B y C. Podemos especular con la idea de que sea la adaptación arquitectónica del binomio maestro/discípulo de rápida implantación entre los anacoretas del Bajo Egipto según algunos *Apothegmata Patrum*

7 MORÍN DE PABLOS, J. (2014): *Op. cit.*

8 MONREAL CASAMAYOR, M. (1997): 9-44.

9 MONREAL CASAMAYOR, M. (1997): *Op. cit.*: 26. Como antecedente de la representación de esta cruz en comunidades paleocristianas occidentales, destacaremos su presencia recurrente en las catacumbas (Monreal, 1997:28), pero no nos consta su presencia en complejos rupestres como el que nos ocupa.

10 MATEO PALACIOS, A. (2015): 15 y sig.

del siglo v<sup>11</sup>, podrían ser la adaptación del habitáculo a una determinada regla con una finalidad o trasfondo moral, etc. Tampoco contamos con referentes desde los que interpretar el recodo que caracteriza la ER-D, concebido sin duda para preservar la discreción del interior, desconociendo por o para qué.

Evidentemente lo limitado y cerrado de estos espacios los descarta como habitáculos permanentes, aunque puedan ser entendidos como dormitorios o lugares de retiro temporal, al modo de algunas cuevas-sepulcros de la región de Meteora (Grecia).

Cronológicamente el hábitat en cuevas es un rasgo común en el ascetismo antiguo. En el ámbito hispánico esta forma de espiritualidad cuenta con un marcado referente en el fenómeno mozárabe, paradigma que viene a culminar una tradición que cuenta con una referencia importante en el priscilianismo del siglo iv<sup>12</sup>. Sin embargo, no se trata de un fenómeno aislado, sino que entre los siglos iv y vi surgen y se consolidan vías de intercambio cultural entre oriente y occidente a través de las peregrinaciones a Tierra Santa, interacción que cuenta con una dimensión política y militar a partir de la presencia bizantina en el litoral sur peninsular. Como resultado abundan las traducciones al latín de pensadores y místicos orientales, también de reglas y normas jurídicas monacales, así como la implantación de cultos y formas litúrgicas orientales auspiciadas por la afluencia de reliquias de santos<sup>13</sup>. Desde antes del siglo v la vía principal por la que discurren estos contactos es el norte de África y sur peninsular<sup>14</sup>, llegando algunas de las reliquias más importantes junto al culto que comportan (San Andrés, San Esteban o San Juan), hecho trascendente

para el desarrollo posterior de una religiosidad hispana.

Con estos precedentes, a partir del siglo vii la rápida expansión islámica por el Próximo Oriente y Norte de África acarrea el exilio de monjes hacia territorios cristianos cada vez más alejados, un exilio que contaría con una terminal importante en la antigua *tarraconense* con escala en las islas y territorios suritálicos. En estas circunstancias, escribe el historiador Santiago Fernández Ardanaz:

«La entrada de los musulmanes en Palestina y Siria provocó dos reacciones opuestas: las ciudades les abrieron las puertas y se acomodaron bajo el pacto del Dimma que ofrecían los nuevos señores a los creyentes en Moisés y Cristo, pero los monjes se opusieron tenazmente. Muchos prefirieron el martirio a la nueva *synphonia polytiké* que proclamaban algunos obispos y los nuevos teólogos aúlicos de Damasco, otros emigraron hacia Occidente. Los monasterios de las islas y sobre todo de Sicilia y poco a poco de las costas del Mediterráneo Occidental acogieron a numerosos monjes “egipcios y sirios”, como se les llamaba a los orientales, sin duda por la prevalencia de la emigración siria y palestina hacia Occidente. Son los tan discutidos “Sirios en Occidente”»<sup>15</sup>.

En nuestro caso, la presencia de símbolos exóticos como las cruces ansadas o las palmas que simbolizan la victoria espiritual por la vía del martirio, contarían con un pretexto plausible en este contexto histórico.

En definitiva, las cuevas del Sector B pudieron haber formado parte de una comunidad monacal (es evidente que no estamos ante

11 TEJA, R. (1994): 19-32.

12 JIMENO GUERRA, V. (2011): 63-79.

13 FERNÁNDEZ-ARDANAZ, S. (1999): 203-216: 205.

14 FERNÁNDEZ-ARDANAZ, S. (1999): 207.

15 FERNÁNDEZ-ARDANAZ, S. (1999): 211 y sig.

anacoretas aislados), bien organizada si tenemos en cuenta su configuración y estructura, que no duda en autoafirmarse a través de representaciones simbólicas explícitas.

Aunque las posibilidades de datación objetiva se limitan a situarlas con anterioridad a 1725; consideramos una hipótesis viable, teniendo en cuenta la filiación y significado de los símbolos descubiertos, la construcción de estas cuevas en torno al siglo VII.

Los problemas para datar e interpretar las cuevas del Sector B se acentúan en relación con las demás, al carecer de representación simbólica. Sin embargo, señalar un evidente nexo formal entre la ER-6 y la ER-D: ambas responden a la idea de un habitáculo opresivo y sus estructuras en planta se definen por un quiebro en forma de «L» que guarda la discreción del fondo. Pero es la ER-2, la gran cueva compartimentada en tres espacios, la que mayor problema de interpretación plantea: se sale del patrón formal que define a las demás, carece de registro estratigráfico y (salvo alguna excepción) resulta muy laborioso desentrañar la *maraña* de marcas, signos y letras que distingue sus paredes.

No resulta fácil determinar su función en la arquitectura religiosa rupestre; en palabras del historiador Rafael Puertas Tricas:

«Como su denominación indica las iglesias rupestres están labradas en roca y con muy poca o ninguna utilización de materiales constructivos. Su realización suele ser muy irregular, pues para ser perfecta se hubieran necesitado canteros muy avezados y cálculos geométricos muy complejos, factores que no podría decirse que se reunieran en los casos que conocemos. No se

labraron iglesias perfectas, pero es posible que tampoco se pretendiera, pues lo que primó fue, posiblemente una mezcla de pragmatismo, utilizando las rocas y de simbolismo eremítico y monástico. Se originó así un peculiar sistema constructivo, que tuvo sin embargo trazados arquitectónicos previos, realizados de hecho con poco afán de perfección formal»<sup>16</sup>.

El estudio tiene un encuadre cultural específico: el ámbito religioso mozárabe (siglos VIII al XI). También un contexto geográfico preciso como es la actual provincia de Málaga. Se trata por tanto de un referente inicial válido, aunque algo diferente de las conclusiones que venimos apuntando en relación con las cuevas del Sector B. Aun así, podemos destacar algunos aspectos interesantes de la ER-2.

Desde un punto de vista morfológico, no cabe duda de que existe un planteamiento previo a la hora de concebir su estructura. Su trazado en planta se aproxima de forma somera al tipo IV de la clasificación de Puertas Tricas, *iglesia de una nave con planta de cruz griega*<sup>17</sup>, desmentida por la marcada asimetría del conjunto y por el descuadre y desproporción de los laterales que contrastan vivamente con cierta linealidad en la pieza central. Sin embargo, no resulta fácil identificar la ER-2 como iglesia, teniendo en cuenta la ausencia de una cabecera o ábside diferenciado. Tampoco se señala la preeminencia de algún extremo de la cavidad a partir de un nicho de oración, siquiera una simple hornacina o pequeño lucernario con que certificar la existencia o no de una iglesia<sup>18</sup>. Sin embargo, la cueva de la calle Caliza sí resulta bastante explícita<sup>19</sup>.

16 PUERTAS TRICAS, R. (2006): 217 y sig.

17 PUERTAS TRICAS, R. (2006): 233.

18 EGEEA VIVANCO, A. (2006): «Monacato rupestre en La Rioja y en el Alto Éufrates sirio. Puntos de contacto» *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía. Homenaje al profesor Antonio González Blanco «in maturitate atatis ad prudentiam»*. Antigüedad y cristianismo, XXIII. Murcia. Pp. 789-710: 801.

19 La distinta configuración que presentan los arcos de acceso a los laterales podría significar que la cueva no fue construida en un único impulso, sino que habría sido objeto de alguna reforma imposible de rastrear.

Aunque insistimos a lo largo del texto en la dificultad para reconocer y aislar motivos religiosos en sus paredes, pendiente aún de resolver, se ha identificado un grabado cruciforme inserto en una orla en el testero del fondo de la sala central, símbolo desvaído y difícil de reconocer dada la meteorización del soporte, aunque se encontró una representación similar en Los Llanos (Arnedo, La Rioja) (figuras 33-35).

Otro detalle que refuerza la posibilidad de que la ER-2 tenga que ver con la arquitectura rupestre de filiación paleocristiana, son las oquedades artificiales u *hornacinas*, constatando variables tipológicas que podrían encerrar implicaciones funcionales difíciles de determinar, y pudiendo establecer una serie de tipos a partir de sus diferencias morfológicas:

- Hornacinas de gran tamaño en forma de cuarto de esfera.
- Hornacinas de pequeño tamaño en forma de cuarto de esfera.
- Casetones.

Respecto a las primeras, existe consenso amplio entre los investigadores en designarlas como *altares*, aunque parece difícil fijar de manera inequívoca el significado de unas estructuras que igual podrían servir para depositar algún objeto, o alojar alguna pintura o representación devocional<sup>20</sup>. Se trata de elementos que no guardan un patrón morfológico riguroso, abundando matices y diferencias. En algunos casos la localización de estos altares en el edificio tiene un valor trascendente, sirviendo para identificar una iglesia y el lugar desde el que se dirige el culto, si bien, en ocasiones su localización parece una cuestión más aleatoria

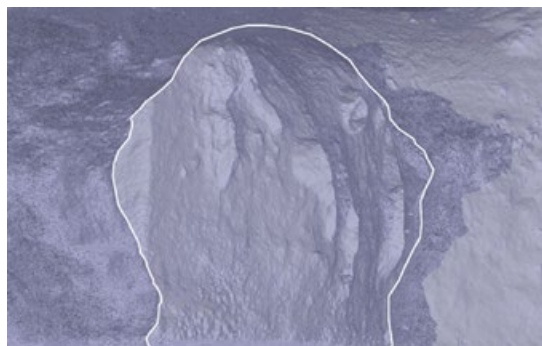


Figura 33. Herradura en el acceso al lateral occidental. Detalle obtenido del modelo 3D de la cueva sobre la «malla de alambre»

que resultado de una planificación de usos en cada espacio.

Este parece ser el caso de la ER-2, donde las hornacinas se localizan al exterior y al interior de la cueva; junto al techo o a media altura; aisladas o agrupadas hasta el punto de que en algún caso la construcción de alguna significa la destrucción parcial de otra. Más allá de la mayor o menor regularidad en las proporciones del hueco y el mayor o menor esmero con el que fueron construidas, se trata de elementos austeros sin detectar detalles de realce.

Las hornacinas pequeñas que integran el segundo grupo no están representadas en cuevas del Sector A, en cambio las encontramos en las pequeñas cavidades del Sector B: en las ER-B, C y D. Son oquedades en cuarto de esfera, proporcionadas y de esmerada ejecución, en consonancia con el habitáculo del que forman parte. Su tamaño es compatible con un lucernario o punto de iluminación, elemento de cierta importancia en la forma de vida de los monjes<sup>21</sup>. Efectivamente, en palabras del historiador Alejandro Egea: «El sueño y el

20 Al margen de su definición funcional, nos referiremos a estas estructuras como hornacinas. En la planimetría de la cueva ER-2, en los *fotoalzados*, las hemos designados como Estructuras Rupestre, seguida del número 2 en alusión a la propia cueva y un subnúmero alusivo a la estructura en cuestión.

21 No se conservan pátinas de hollín o humo asociadas a estas hornacinas. Sin embargo, la degradación de la roca en estas cuevas, el desprendimiento paulatino de la superficie es lo suficientemente importante como para admitir la idea de que esas marcas se hayan desprendido.

Figura 34. Detalle del cruciforme en la ER-2. Imagen RTI. Se trata de una representación muy desvaída que incluso acusa una profunda línea incisa que ha destruido el cuarto superior izquierdo. Sí se reconoce perfectamente su mitad derecha, especialmente el cuarto inferior derecho. Para la identificación del resto ayuda el contraste provocado por el alisamiento y preparación del soporte



cansancio es uno de los peores enemigos entre los “soldados de Cristo”, donde desfallecer significa bajar la guardia ante el eterno enemigo, los demonios»<sup>22</sup>, siendo un punto de luz el mejor aliado del monje. Ello incide en la caracterización de estas cavidades como celdas-dormitorios y en ellas abundan otros detalles referidos ya: la configuración arquitectónica del conjunto, sus proporciones o los vanos de comunicación entre cavidades.

En esta idea abunda la evidencia de que la base de las cavidades estuvo acondicionada

mediante una estera de esparto o similar, si tenemos en cuenta el hecho de que se han conservado perfectamente las marcas de la labra.

Por último, respecto a la batería de pequeños casetones de la sala central de ER-2, la forma de cada uno y la composición del conjunto sugerían la idea de mechinales para atender alguna necesidad puntual relacionada con usos recientes de la cueva, aunque faltan correlatos en el testero de enfrente donde apoyar el otro extremo de una viga o listón. Sin embargo, existen paralelismos formales donde



Figura 35. Cruz orlada, grafiada en la cueva de Los Llanos (González *et al.*, 1999: 133)

22 EGEA VIVANCO, A. (2006): 800.



Figura 36. Huesera en el monasterio de Quinnašrý, en Siria (Molina, 2006: 653)



Figura 37. Casetones en la cueva de Los Llanos (Egea, 2006: 799)

se identifican como relicarios u osarios<sup>23</sup>. Se trata de un rasgo genuinamente oriental, resultando paradigmático el enclave sirio de Quinnašrý (siglo v). En España encontramos su adaptación en conjuntos rupestres riojanos como la cueva de Los Llanos (Arnedo), un vínculo que ha sido puesto de manifiesto en algunos estudios recientes<sup>24</sup>. Como norma, estos casetones se agrupan en una retícula similar a *paneles de abeja* que no corresponde en nuestro caso<sup>25</sup>, pero también concentraciones más lineales y dispersas, existiendo cierta similitud entre nuestro caso y algunos detalles de la anteriormente citada cueva de Los Llanos<sup>26</sup>. Por último, es importante reseñar la presencia de estos casetones en la que hemos denominado cueva de la calle Caliza, lo que unido a las similitudes entre esta planta y la planta de ER-2 apuntan a la existencia de un patrón, con lo que ello implica desde un punto de vista científico (figuras 36-40).

23 MOLINA GÓMEZ, J. A. (2006): 653.

24 EGEA VIVANCO, A. (2006).

25 MOLINA GÓMEZ, J. A. (2006): 666.

26 EGEA VIVANCO, A. (2006).

En definitiva, el estudio de la ER-2 quedó limitado por la ausencia de depósitos estratigráficos, la disgregación del soporte rocoso que podría haber desdibujado las marcas originales y la continua reutilización de estos espacios, con abundantes marcas recientes y difíciles de aislar en las paredes. Por ello solo se puede hipotetizar en torno a la posibilidad de estar ante una construcción monástica cuya cronología se podría fijar en el periodo prerrománico pues ahí convergen los detalles e indicios desglosados, caso de la forma de herradura del acceso a una de las galerías, la cruz orlada, las hornacinas entendidas como posibles altares y los casetones entendidos como posibles relicarios.

El otro hito son las cuevas del Sector B, posibles habitáculos de una comunidad religiosa formada, quizás, por gentes procedentes de diócesis orientales. Se trataría de aspectos de una realidad más extensa que apunta a la existencia de un complejo monacal del que no

Figura 38. ER-2.  
Alineación de casetones en  
la pared este de la sala central



tenemos más información. Para relacionar estas cuevas con las descubiertas (redescubiertas) en el Sector A carecemos de datos suficientes, pudiendo estar ante construcciones coetáneas con diferente funcionalidad, sin que resulte descabellado suponer que las pequeñas cuevas corresponden a dormitorios o celdas-dormitorios para monjes, mientras que la ER-2 respondería a un espacio cultural, lugar de reunión o

al economato, espacios propios de estos complejos. Sin embargo, nos decantamos por la idea de que esta cueva sea posterior, situándonos ante la perduración bajo dominio musulmán de una tradición ascética local que se remontaría a época preislámica.

Para cerrar el capítulo de las cuevas y su pertenencia a un complejo monacal antiguo, apuntaremos la coincidencia entre la geografía



Figura 39. Casetones en uno de los testeros  
de la cueva de la calle Caliza

Figura 40. ER-2. Casetón y hornacina labrada en  
el acceso a la sala ER-2b. La similitud (coincidencia o no)  
de esta asociación con Arnedo es más que evidente



de La Gamera Baja y el patrón de asentamiento de este tipo de comunidades, con referencias, una vez más, a prototipos orientales ya sistematizados por los investigadores. Coincidencia o no, siguiendo el estudio del profesor Alejandro Egea<sup>27</sup>, cabe destacar las siguientes características: Son enclaves alejados de los centros urbanos, aunque mantienen enlaces ópticos con un núcleo de población principal, se localizan en cuencas

fluviales, próximas al trazado de alguna vía de comunicación antigua, preferentemente calzadas romanas y se abren en la ladera de una montaña.

Por último, llamar la atención sobre la dispersión de cuevas en el casco urbano de Churriana y alrededores, la mayoría inexploradas y desconocidas, que podrían guardar claves para esclarecer algunos de los interrogantes e hipótesis planteados a lo largo de estas líneas.

---

27 EGEA VIVANCO, A. (2006).



## BIBLIOGRAFÍA

- ARRANZ GUZMÁN, A. (1986): «Los orígenes del monacato oriental: Apuntes para una historia de las mentalidades», *Erytheia: Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, 7 y 2: 187-200.
- BARROSO CABRERA, R. y MORÍN DE PABLOS, J. (1996): «La ciudad de Arcávida y la fundación del Monasterio Servitano», *Hispania Sacra*, Madrid: 48, 97.
- BATANERO NIETO, A. y ARENAS ESTEBAN, A.: *Memoria. Carta arqueológica del término municipal de Trillo (Guadalajara)*. Documento inédito.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1995): «Orígenes del monacato cristiano», *Cristianismo primitivo y religiones mistericas*, 391-402.
- CEREZO, M. M. (2013): «Los orígenes del monacato: de la vida eremítica al cenobio (I)», *Liturgia y espiritualidad*, revista mensual vinculada al Instituto Superior de Liturgia y al Instituto de Teología Espiritual de Barcelona, 11: 606-620.
- CISNEROS FRANCO, J. (2003): *Excavación arqueológica en Finca del Secretario Norte. Fuengirola (Málaga)*. Informe administrativo inédito.
- CISNEROS GARCÍA, M. I. y GARCÍA BLANCO, D. (2010): «Eremitorios rupestres de la comarca de Antequera», *Revista PH*, 75. Sevilla: 20-67.
- EGEA VIVANCO, A. (2006): «Monacato rupestre en La Rioja y en el Alto Éufrates sirio. Puntos de contacto», *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía. Homenaje al profesor Antonio González Blanco «in maturitate ateatis ad prudentiam»*. *Antigüedad y cristianismo*, XXIII, Murcia: 789-710.
- FERNÁNDEZ-ARDANAZ, S. (1999): «Monaquismo oriental en la Hispania de los siglos VI-X», *Antigüedad y cristianismo*, monografías históricas sobre la Antigüedad tardía, 16 (ejemplar dedicado a los columbarios de La Rioja): 203-216.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., FAULÍN, C. y CINCA MARTÍNEZ, J. L. (1999): «La cueva de Los Llanos (Arnedo, La Rioja)», *Los columbarios de La Rioja, Antigüedad cristiana*, XVI: 133-148.
- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. M. (1973): «Sobre los condicionamientos sociales de los orígenes del monacato», *Hispania Antiqua*, 3: 135-152.
- GOZALVES CRAVIOTO, C. (2009): «La Fuente y el Puente del Rey», *Péndulo: Revista de ingeniería y humanidades*, 20, Málaga: 112-129.
- (1995): «Notas sobre la industria cerámica romana en la provincia de Málaga», *Isla de Arriarán*, 6, Málaga: 83-92.
- *Mozárabes en el Valle del Guadalhorce*. Borrador inédito.
- GUTIÉRREZ GARCÍA, A. y ROUILLARD, P. (ed.) (2018): *Lapidum natura restat. Canteras antiguas de la península ibérica en su contexto (cronología, técnicas y organización de la explotación)*, Colección de la Casa de Velázquez, 170. Tarragona-Madrid.
- HOZ ONRUBIA, J. de la (2010): «Los orígenes del monacato cristiano y de su arquitectura», *AxA: Una revista de Arte y Arquitectura*, 1.
- LANGA AGUILAR, P. (1991): «San Agustín y los orígenes del monacato en África», *Codex aquilarensis*, Cuadernos de investigación del Monasterio de Santa María la Real, 5: 91-113.
- JIMENO GUERRA, V. (2011): «Las prácticas espirituales del eremitismo peninsular», *Espacio, tiempo y forma, Serie VII, Historia del Arte*, 24: 63-79.
- MARCOS, M. (2001): «Los orígenes del ascetismo y el monacato en Hispania», Ramón Teja y Juan Santos Yanguas (coords.) *El cristianismo: aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania: Actas del Symposium de Vitoria-Gasteiz (25 a 27 de noviembre de 1996)*, 201-233.
- MARTÍNEZ ENAMORADO, V. (1997): «Arqueología de los mozárabes: Bobastro, Las Mesas de Villaverde», *Revista de Arqueología*, 191, Madrid: 42-53.
- MATEO PALACIOS, A. (2015): *Las vidas de los santos religiosos egipcios. Traducidas por micer Gonzalo García de Santa María*. Zaragoza.
- MOLINA GÓMEZ, J. A. (2006): «Recorrido por la geografía del monacato rupestre cristiano. Una interpretación histórica», *Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía. Homenaje al profesor Antonio González Blanco «in maturitate ateatis ad prudentiam»*. *Antigüedad y cristianismo*, XXIII, Murcia: 649-675.
- MONREAL CASAMAYOR, M. (1997): «La cruz: iniciación a un estudio tipológico», *Emblemata*, Revista Aragonesa de Emblemática, 3: 9-44.

- MORÍN DE PABLOS, J. (2014): *Estudio Histórico-Arqueológico de los Nichos y Placas-Nicho de Época Visigoda en la Península Ibérica: origen, funcionalidad e iconografía*. Madrid.
- MUÑIZ JAÉN, I., LARA FUILLERAT, J. M. y CAMACHO CRUZ, C. (2000): «Sobre alfares, silos y almazaras en la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)», *ANTIQUITAS*, 11. Priego de Córdoba: 233-266.
- PENCO VALENZUELA, F., MORENO ALMENARA, M. y GUTIÉRREZ DEZA, M. I. (2004): «Dos canteras romanas en Colonia Patricia Corduba: Peñatejada y Santa Ana de la Albaida», *Anales de Arqueología Cordobesa*, 15, Córdoba: 229-248.
- PEÑA VELASCO, C. y MOLINA GÓMEZ, J. A. de la (2014): «Ascetismo en imágenes: Los ermitaños del Desierto del Sordo en el Siglo XVIII», *Hispania Sacra*, LXVI, extra I: 225-263.
- PEZZI CRISTÓBAL, P. (2005): «La cantera de Almayate y su aprovechamiento para la obra de la catedral de Málaga. La configuración de una efímera actividad extractora», *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 27, Málaga: 437-454.
- PUERTAS TRICAS, R. (1975): *Iglesias hispánicas (siglos VI al VIII): Testimonios literarios*, Madrid.
- (1985): «Dos iglesias rupestres en Ronda (Málaga)», *Cuadernos de la Alhambra*, 21, Granada: 67-72.
- (1986a): «Los conjuntos rupestres mozárabes de Coín y Archidona», *Cuadernos de la Alhambra*, 22, Granada: 11-54.
- (1986b): «Dos nuevas iglesias rupestres medievales en Málaga», *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española*, II, Zaragoza: 73-101.
- (1989): «Iglesias mozárabes de Andalucía comparadas con el grupo castellanoleonés. Centro de Estudios del Románico», en *Actas del I Curso de cultura medieval*, Palencia: 81-102.
- (2006): *Iglesias rupestres de Málaga*. Málaga.
- REYES MARTÍNEZ, A. *et al.* (2014): «El santuario rupestre de San Torcuato (Guadix, Granada)», Jorge López Quiroga y Artemio Manuel Martínez Tejera (eds.), *In concavis petrarum habitaverunt El fenómeno rupestre en el Mediterráneo Medieval: De la investigación a la puesta en valor*, BAR International Series 2591.
- RÍOS, A. de los (1909): *Catálogo de los monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Málaga*.
- RODRÍGUEZ, D., ORTIZ, J. M. y AZNAR, J. C. (2014): «La Antigüedad Tardía en la Subbética Granadina: el complejo religioso del Algarbe (Zagra, Granada)», *Revista EPCCM*, 16: 339-366.
- SÁNCHEZ BANDERA, P. J. (2013): *Reconocimiento del perímetro nordeste del Casco Urbano de Churriana (Málaga). Informe de hallazgos y propuesta de intervención*. Informe administrativo para la GMU del Ayuntamiento de Málaga. Inédito.
- (2019): *Actividad Arqueológica Preventiva. Excavación arqueológica en el Sector CH-6 Atalaya. Churriana (Málaga). Memoria preliminar*. Inédito.
- (2020): *Actuación de limpieza y protección de una cueva artificial en calle caliza (Churriana, Málaga). Informe*. Inédito.
- (2022): *Reconocimiento de la cueva artificial en calle Caliza (Churriana, Málaga)*. Inédito.
- SUÁREZ PADILLA, J. (2001): *Informe del control de movimiento de tierras en el sector sur del yacimiento de la Tosca. Finca la Gamera. Churriana (Málaga)*. Informe administrativo inédito.
- TEJA, R. (1994): «El demonio de la homosexualidad en el monacato egipcio», *Codex Aquilarensis: Cuadernos de investigación del Monasterio de Santa María la Real*, 11 (ejemplar dedicado al Demonio en el monasterio): 19-32.
- (1989): «Monacato e historia social: Los orígenes del monacato y la sociedad del Bajo Imperio Romano», María José Hidalgo de la Vega (ed. lit.), *Homenaje a Marcelo Vigil Pascual: La historia en el contexto de las Ciencias Humanas y Sociales*, 81-96.
- (1988): «Los orígenes del monacato y su consideración social», *Codex aquilarensis: Cuadernos de investigación del Monasterio de Santa María la Real*, 2: 11-32.
- TORRES JIMÉNEZ, J. C. (2005): «La iglesia mozárabe en tierras de Jaén (712-1157)», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 192, Jaén: 9-38.
- VALTIERRA LACALLE, A. (2017): «La palmera y la palma. Adaptación medieval de una antigua iconografía», *Revista Digital de Iconografía Medieval*, IX, 17:105-124.
- VAN DEN EYDEN CERUTI, E. (1985): *La problemática de la datación cronológica de las iglesias rupestres*, Sutuola, vol. 4: 361-365.